

Las mujeres en el Movimiento Clandestino 14 de Junio¹

Tomasina A. Cabral Mejía²

Agradezco esta oportunidad que se me ha ofrecido para testimoniar mis vivencias dentro del Movimiento Antitrujillista 14 de Junio, develado en el año 1960.

Para ello he debido retornar al infierno vivido en aquella fecha.

Antes de realizar mi exposición, quiero situarme en el contexto social y familiar donde crecí y me formé como ciudadana consciente y digna, para quien el amor a su Patria desde la tierna edad de nueve años me hizo escribir estos versos que siempre he honrado.

*“Bandera Dominicana
Siempre libre tu serás,
En la Patria y dondequiera
Orgullosa te erguirás.
Cuando flotas en el aire
Se me ensancha el corazón
Y cuando rememoro fechas
Hay lágrimas de emoción”.*

1. Conferencia pronunciada la noche del 28 de junio del 2007 en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia.
2. Ingeniera-Arquitecta, compañera de Minerva Mirabal y fundadora del Movimiento Revolucionario 14 de Junio que guardó prisión y soportó torturas en “La Cuarenta” por su vertical conducta revolucionaria.



Salcedo fue mi patria chica. Allí nací y realicé mis estudios primarios y secundarios, exceptuado el cuarto teórico estudiado en San Francisco de Macorís.

Desde los nueve años compartí la angustia familiar de no saber qué día mi hermano mayor Tobías Emilio, por haber sido miembro de la Juventud Democrática, y por tanto sindicado como opositor al régimen de terror que nos oprimía, podía sernos entregado cadáver, o sencillamente desaparecer para siempre. Siendo un estudiante destacado en la carrera de Derecho le fue negada la inscripción en el curso siguiente, logrando graduarse finalmente para marchar al otro día de su graduación a la hermana República de Cuba y, luego, a los Estados Unidos, sin que lo pudiéramos ver durante doce largos años, ya que siempre le fue denegado el pasaporte a nuestro padre las veces que lo solicitó.

Ver a mis padres asistiendo a los actos que se celebraban en los locales del único Partido existente en el país, el Partido Dominicano, tener que escribir en la escuela trabajos de composición relativos al tirano, me repugnaba, pero toda la familia era vigilada, aunque sólo después de mi prisión fui invitada a esos actos a los cuales lógicamente no asistí.

La rebelión aumentaba cada día en mi pecho, y me asqueaba la sumisión de la mayoría del pueblo, fuera por miedo o por ignorancia.

En 1953 inicié mis estudios de Ingeniería-Arquitectura en la Universidad de Santo Domingo donde cultivé múltiples amistades, que luego serían integrantes (conocidos o no por los servicios represivos de la dictadura) de mi célula conspirativa del 14 de Junio.

Llegó el año 1958, y mi graduación profesional. Vientos de Libertad comenzaban a soplar en América. Como en un



dominó caían las dictaduras: Rojas Pinilla en Colombia, Juan Domingo Perón en Argentina, Pérez Jiménez en Venezuela, y el 1° de Enero cayó Batista, y entraron a La Habana triunfantes los revolucionarios de la Sierra Maestra, encabezados por Fidel Castro. Sentí que había llegado nuestro turno para echar abajo la oprobiosa dictadura que por 30 años nos mantenía esclavizados. Sabía que podíamos contar con la ayuda de los gobiernos democráticos que sucedieron a las dictaduras decapitadas.

La inquietud general de la juventud aumentaba cada día. Sintonzaba las estaciones de radio de Cuba y Venezuela desde donde los exiliados dominicanos mantenían programas de denuncia contra la dictadura de Trujillo, la más sanguinaria y larga de nuestra historia republicana. Quería luchar, pero carecía de medios para hacerlo. En todo el país se repetía lo mismo. El mismo anhelo nos alentaba e identificaba.

14 y 20 de junio fechas gloriosas en los anales de nuestra historia. Arribaron por Constanza, Maimón y Estero Hondo a la Patria, llenos de valor y arrojo 198 expedicionarios, dominicanos en su mayoría, acompañados por hermanos de ideales, venezolanos, cubanos, puertorriqueños, norteamericanos, españoles y un guatemalteco, que hicieron suya nuestra causa. Aunque todos sabían que la empresa que emprendían era sumamente arriesgada, en ningún momento dudaron en ofrendar sus vidas por la causa sagrada de la libertad de un pueblo esclavizado por tanto tiempo.

Se colaron las noticias aunque la radio oficial no ofrecía ningún tipo de información. Se comentaban los desembarcos de Maimón y Estero Hondo, y se observaba un movimiento inusitado de tropas hacia la costa norte del país y Constanza.

Comenzaron a conocerse detalles de la extremada crueldad con que son tratados nuestros héroes y mártires. La



imposibilidad de prestarles ayuda y colaboración me consumía de rabia e impotencia y tenía que soportar con el corazón sangrante las manifestaciones de regocijo de los colaboradores de la tiranía, quienes se gloriaban de su total exterminio.

A medida que iba conociendo las identidades de los expedicionarios mi ira y dolor crecían. Todos eran valiosos, muchos con preparación profesional superior, promesas para el futuro del país, con ideas definidas que sintetizaron en un Programa Mínimo de Gobierno a aplicar después de descabezada la dictadura. Todos eran valientes, todos eran decididos, a todos los unía la determinación de cambiar la situación de servidumbre del país que languidecía bajo un sistema opresivo e inmisericorde. ¡Cuántas vidas útiles tronchadas! ¡Cuántos ideales rotos! Pero tanta sangre joven y valiosa derramada fructificó, moviendo las conciencias de los aletargados, y fortaleciendo en la generación no comprometida, la decisión de organizarnos a fin de constituir una oposición efectiva como frente interno, capaz de requerir y recibir ayuda desde el exterior.

En cada pueblo, en cada rincón del país, comenzaron a crearse núcleos familiares, amistosos y religiosos de personas dispuestas a la lucha. De modo que puedo considerar que la génesis del Movimiento 14 de Junio se encuentra en las expediciones armadas ocurridas los días 14 y 20 de junio de 1959. Ellas fueron el detonante y la chispa inspiradora de toda la juventud inflamada de entusiasmo por la triunfante revolución cubana.

Después de esas fechas, recibí la visita de Luís Álvarez Pereyra y Dulce Tejada Gómez, del grupo de San Francisco de Macorís, a quienes me unían lazos familiares y afectivos, quienes me propusieron establecer correspondencia con



mi hermano Tobías Emilio contentiva de mensajes que se leerían mediante una plantilla superpuesta, cuyo original yo conservaría, y su duplicado le sería enviado vía Jamaica a Nueva York, donde en ese momento desarrollaba actividades políticas desde el Frente Unido Dominicano. También me comprometí con ellos a procurar la multiplicación de las bombas de niples rudimentarias que el grupo de San Francisco estaba produciendo con fines tácticos.

Dos modelos me fueron entregados días más tarde por Leandro Guzmán, y a mi vez pasé una a mi querido compañero Rubén Díaz Moreno, quien junto a Rafael Báez Pérez constituían mi célula conspirativa, (lo que no fue óbice para proceder a la identificación para el Movimiento de múltiples compañeros de trabajo y amistades que nunca fueron mencionados). El segundo modelo le fue entregado por Leandro a Rafael Francisco Bonnelly Batlle. Todos los mensajes transmitidos trataban de solicitud de armas para la lucha, y en el último se señalaba un sitio de recepción.

Los días transcurrían, cada vez se hablaba más libremente de la conspiración, y en el ínterin las labores de unificación y consolidación se llevaban a cabo en reuniones donde participaban los representantes de los grupos de las diferentes regiones del país. Por fin, en reunión celebrada el 10 de enero de 1960 en la finca de Charles Bogaert en la Provincia de Valverde, Mao, a la cual asistieron en representación de los grupos regionales, Manolo Tavares, Minerva Mirabal, Niño Álvarez, Dulce Tejada, Luís Gómez Pérez, Leandro Guzmán, Cayeyo Grisanty, Julio Escoto Santana, Pipe Faxas, Ramón Rodríguez, Germán Silverio Mesón, Efraín Dotel Recio y Carlos Bogaert, se conformó el Comité Central del movimiento, se adoptó como nombre *Movimiento 14 de Junio* a instancias de Minerva



Mirabal y se acogió como *Programa Mínimo* de Gobierno el sustentado por nuestros héroes y mártires de junio del 59.

Por mi hermana Eunice, venida desde San Francisco de Macorís, me enteré de la detención por el SIM de Niño Álvarez y Miguel Antonio Tejada. Era el 19 de enero de 1960. Residía entonces en Santo Domingo en la casa de los suegros de mi hermano Milton, en la 30 de Marzo, justo frente a las oficinas del SIM. Al anochecer nos sentamos en el porche, y empezaron a pasarnos por el frente los característicos caliés. Nos retiramos a dormir, pero a la 1:00 de la madrugada, sentimos atronadores golpes en la puerta, y cuando el dueño de la casa les abrió, entraron como perros feroces a mi habitación tirando todo al suelo, preguntándome donde estaban las bombas, pretendiendo llevarme en las ropas de dormir que vestía, a lo que me opuse tajantemente, poniéndome un pantalón y una blusa. Fueron dos los vehículos que me buscaron.

El automóvil Mercedes Benz de Emil Scott, hartamente conocido por mí puesto que lo veía salir del parqueo del SIM todos los días, y uno de los Volkswagen, bautizados por la gente como cepillos, usados por ellos para atemorizar con el sonido de sus motores a la ciudadanía. En el interior de uno de los carros se encontraba Leandro Guzmán desfigurado por los golpes y torturas a que había sido sometido. No sabía hacia dónde me conducían, pero sí sabía en las manos de quienes me encontraba.

En el trayecto escuchaba las conversaciones que mantenían con su base y con los demás carritos que esa noche desplegaban una frenética actividad de detención de miembros del Movimiento. Se referían a nosotros como paquetes. Al llegar a La 40 fui recibida por Cándido Faustino Pérez, quien anotó mis generales de ley, y Tuntty Sánchez, quien me dio un



halón de cabellos, a la vez que me amenazaba con que todos los subhombres presentes en la sala de tortura adonde fui conducida, si no hablaba procederían a violarme. El espectáculo dantesco de decenas de hombres desnudos y flagelados fue el preámbulo de la sala de tortura donde se encontraban los criminales Johnny Abbes, Tuntý Sánchez, César Báez, Tavito Balcárcel, Luís José de León Estévez, César Villeta, Clodoveo Ortiz y muchos más cuyos nombres no recuerdo.

También observé todos los instrumentos de tortura utilizados por ellos, incluida la tristemente célebre silla eléctrica. Todavía sin haber sido golpeados, puedo recordar a los doctores Manuel Tejada Florentino, José Fernández Caminero, Rafael Francisco Bonnelly, Gilberto Sánchez Fuster, y otros que la memoria negativa que he puesto en práctica, ahora mismo no registra.

Fui invitada a despojarme de mi ropa, cosa que me negué a hacer, procediendo entonces el coronel Candito Torres a desgarrármela, para rebajarme en mi dignidad, para con evidente placer aplicarme la picana eléctrica en los senos y el vientre. Hicieron cínicos comentarios sobre mi figura. Tavito Balcárcel me vació una pluma de fuente sobre el cuerpo, salpicando a César Báez, quién protestó airadamente. La rabia y la indignación que sentía eran tan grandes, que si me hubieran matado no me hubiera importado. Esos sentimientos me proporcionaban una calma sólo explicable porque me convertían en insensible. Me sentí superior a esas bestias que se ensañaban en seres indefensos, cuyo único delito era tratar de romper las cadenas de la esclavitud al que ese régimen de oprobio al que servían tenía sometido al país.

Una lágrima no salió de mis ojos. Los vi con el desprecio que merecían, y mis compañeros que desde el corral de golpeo presenciaban la escena, se sintieron más fuertes y capaces de



soportar el martirio. Comenzó el interrogatorio invitándome a mencionar los integrantes de mi célula. Ya habían sido traídos a mi presencia Niño Álvarez, Miguel Tejada y Rubén Díaz Moreno. Nos miramos, porque yo quería saber qué tanto conocían ellos además de lo de las bombas; me di cuenta que nada de la correspondencia. Por mí nadie fue encarcelado. Cuando se dieron cuenta de que no conseguirían nada más, me vestí con lo que quedaba de mi ropa, y fui conducida al Palacio de Justicia de Ciudad Nueva a su Departamento de Policía. El policía que me recibió tenía en sus manos un espejito redondo con la imagen de una virgencita de La Altagracia por detrás. Se lo pedí, y como él ignoraba las causas de mi detención me lo dio. Saqué la imagen, y la coloqué debajo de la plantilla de mi zapato. También me dió un periódico que me sirvió de colchón y frazada. Pude escuchar, avanzada la mañana del 20 de enero, el interrogatorio que se le practicaba a Félix Bernardino (parece en ese momento caído en desgracia con Trujillo), respecto al asesinato de varios peones de su finca en El Seybo.

Llegó la noche, y con ella la incertidumbre de si volverían a buscarme ya que todos los movimientos de prisioneros se realizaban en la madrugada. Pasó el día 21, y en la madrugada del día 22 llevaron a la celda donde me encontraba a María Teresa Mirabal y a Miriam Morales, del grupo de Puerto Plata ésta última. A la siguiente madrugada las tres fuimos llevadas a la casita de La 40 donde ya tenían a Minerva Mirabal y a Asela Morel. Cuando Minerva nos vio, lloró, y luego nos confesó que hedíamos y estábamos sucias. No nos habíamos decidido a bañarnos en el baño sin puerta de la cárcel.

Trajeron a Dulce Tejada. Le permitieron traer su cartera, lo que fue una bendición, pues un pañuelito que portaba sirvió de toalla sanitaria a quién lo necesitó. Carecíamos de todo en



absoluto, pero manteníamos alta la moral. Luego trajeron a Fé Ortega, y con ella fuimos siete. Todas fueron interrogadas, pero no torturadas físicamente, sin embargo, psicológicamente lo éramos continuamente.

Recuerdo una noche en que Clodoveo Ortiz entró a la habitación donde nos mantenían, con un puñal en la mano. Nos preguntó si queríamos algo, y las demás pidieron algunas cosas de aseo. Al yo mantenerme en silencio me dijo: “*¿Y la blanquita no quiere nada? Yo contesté: Si fuera tan amable y me devolvieran mi cadena que me quitaron, se lo agradecería y ¡Sorpresa! me la trajo de vuelta. Aún la guardo como reliquia*”.

Una madrugada, no recuerdo cual, me fueron a buscar, me esposaron como de costumbre, y me llevaron al penal de La Victoria, donde me encerraron en una solitaria de hombres de dimensiones mínimas, con una sola ventana cerrada, por lo que la oscuridad reinante era total. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra ya amanecida, pude ver manchas de sangre en las paredes, algunos nombres, y decidí, para no perder la noción del tiempo, hacer una rayita en la pared por cada día transcurrido. Me pusieron las dos latas clásicas: Una para la comida que nunca comí y la otra para defecar y orinar.

La misma madrugada de mi llegada percibí conversaciones de otros prisioneros en solitaria. Ellos, los que yo escuché, resultaron ser Segundo Imbert y Papito Sánchez, y decían: Trajeron a solitaria una mujer. Trataremos de pasarle algo de comer y con Perozo, a quién tenían limpiando el pasillo, así lo hicieron. Como no probaba lo que me llevaban de comer, el coronel Frías me hizo llevar a su despacho, y me dijo: “*A usted la puse ahí cumpliendo órdenes, porque yo sólo hago*



lo que me ordenan. Si me dicen que los mande al otro mundo también lo hago". Me regaló un chocolate, y ordenó que me pusieran en una solitaria de mujeres, y que una de las menos malas de las prisioneras me proporcionara un poquito de jabón y desodorante. La primera visión que tuve cuando penetré al patio de recreo de las prisioneras, que antecedió al cuerpo de celdas, fue el de una reclusa semidesnuda debajo de la llave de agua. En la celda quedé sola...

Me fueron a fotografiar, y el día 2 de febrero en compañía de Rubén Díaz Moreno, José Fernández Caminero, Huáscar Castillo, Rafael Francisco Bonnelly, César Batista, Papy Viñas, Josué Erickson y un grupo más de compañeros, nos llevaron al Palacio de Justicia, para ser juzgados. Guardias fuertemente armados nos custodiaban. El juzgado resultó pequeño para la gente que acudió tan pronto se fueron enterando de nuestra presencia allí. Algunos parientes lloraban al comprobar nuestra condición. Eran evidentes los maltratos sufridos. La visión de un compañero con la espalda llena de gusanos y los verdugones en las partes visibles de los cuerpos, daban una idea lejana de los vejámenes a que éramos sometidos.

La comedia del juicio comenzó. Presidía el tribunal el Juez Sosa Agramonte; el Fiscal era Víctor Garrido; el abogado defensor Leo Nanita; y la parte civil representando al Estado la desempeñaba Ramón Pina Acevedo. Víctor Garrido me preguntó que cómo nos trataban, e irónicamente le contesté que bien. Nos dijo que trataría les permitieran a los familiares y personas presentes pasarnos algunos alimentos. Ese buen deseo no se pudo materializar, porque el público indignado, prácticamente se les fue encima a los guardias, tratando de acercarse a nosotros. Fuimos condenados a 30 años de trabajos públicos y al pago de RD\$600,000.00 de multa. Nos



retornaron rápidamente al autobús sin permitírnos recibir lo que las personas presentes querían entregarnos. Recuerdo haberle puntualizado al Juez, cuando me preguntó si yo ratificaba lo dicho en instrucción, que no había sido en esa instancia donde había ocurrido, si no en el SIM. Me recalcó que en instrucción; y yo le repetí que en el SIM de nuevo, y ya no insistió más. Cuando nos cantaron la sentencia, el único comentario que en voz alta hice fue ¡Que optimista!

Retornamos al penal de La Victoria, y al atravesar el patio de hombres donde se encontraban Cristóbal Gómez Yangüela, Joaquín Santana, Alcides Camilo, entre otros, éste me preguntó: “¿Cómo les fue? Y yo le contesté. *Fenómeno. Porque por primera vez había visto reaccionar indignada y sin miedo la representación del pueblo que se encontraba presente en el sainete de juicio*”.

Ya juzgada me abrían la puerta de rejas y podía salir al pasillo. Esa madrugada fueron traídas desde La 40 a mi celda las 6 compañeras que allí habían quedado. Al amanecer las llevaron a una celda similar, situada en el pasillo paralelo al mío. Podía ir adonde ellas a conversar.

Como ya estaba juzgada se suponía que mis familiares podrían visitarme, por lo que María Teresa Mirabal me encareció hiciera saber a su familia que deseaba le tomaran una foto a Jacqueline, su hija, quién cumpliría su primer año el 7 de febrero, para ella guardar un recuerdo de ese día. Afortunadamente, y sin ningún preámbulo, aparecieron los esbirros del SIM, y nos ordenaron recoger nuestras pertenencias, para conducirnos a nuestras casas maternas. Al llegar dije a mis padres: “*Me sentía mucho más humana, ya que nunca había sabido lo que era pasar hambre y frío, y ya lo había experimentado. También les comenté, que creía*



haber escuchado todas las malas palabras existentes en el mundo”.

Por fin, nuestra Madre Iglesia, durante tanto tiempo colaboradora y silente ante los atropellos a la ciudadanía, habló mediante una Carta Pastoral memorable y determinante para nuestra excarcelación.

La indignación general comenzaba a sentirse, y el régimen era seriamente cuestionado aun por los hijos de sus colaboradores, quienes eran nuestros compañeros de prisión, enfrentando además serias dificultades económicas, comenzó a liberar grupos de compañeros, entregándolos a sus padres, algunos de los cuales lamentaron públicamente la conducta de sus hijos.

Por eso siempre he mantenido que el peor crimen de la dictadura fue rebajar en su dignidad a todo un pueblo y postrarlo a sus pies.

Semanas después de nuestra primera liberación, acompañada de Doña Fefa Yangüela y de la esposa y suegra de Niño Álvarez, visité los compañeros que se encontraban en La Victoria, llevándoles rosarios de regalo.

En las dos esquinas de mi casa en Salcedo, desde las 6:00 a.m., se apostaban dos caliés, quienes controlaban todos los movimientos de personas, y presumiblemente rendían informes diarios.

Ser desafecto al régimen era igual que padecer una enfermedad contagiosa. Amigos de toda la vida evadían saludar, cosa que les facilitábamos, dándoles discretamente la espalda. También recibíamos la solidaridad de muchas personas valiosas como Don Ángel Liz, reconocido opositor a Trujillo, a quién encontré en casa cuando nos soltaron la primera vez.



El 18 de mayo, encontrándome en la casa de Don Enrique y Doña Fefa Yangüela, en San Francisco de Macorís, fui requerida por miembros del SIM, quienes me condujeron al Destacamento de la Policía, para hacerme unas preguntas. Me di cuenta enseguida que estaba detenida de nuevo, como ocurriría cada vez que les viniera en ganas, ya que pesaba sobre mí una condena de 30 años.

Las comunicaciones que establecieron por sus radios me permitieron saber que ya a Minerva Mirabal la traían de camino. Las dudas para también traer a María Teresa obedecían a que ella se encontraba aquejada de fiebre muy alta a consecuencia de una bronquitis. Los que traían a Minerva, que ya se encontraban en Tenares, recibieron órdenes de volver a recogerla en las condiciones que fueran. Llegó envuelta en una frazada, y con el pelo recogido en un moño despeinado. Diez días necesitamos Minerva y yo para desenredar ese pelo tan largo. Nos reunieron a las tres en el asiento trasero de un cepillo, y emprendimos el camino hacia Santo Domingo. Se mostraron muy amables y en Bonao nos preguntaron si queríamos comprar algo. Como nos dejaron nuestras carteras aprovechamos para encargarles que adquirieran para nosotras lo de primera necesidad. Al llegar a La 40 se repitió la obsequiosidad, y entonces nos compraron leche en polvo, jugos y galletitas, que ya al undécimo día de prisión cuando fuimos llevadas a La Victoria estaban agotadas.

Entre tanta maldad, allí también la bondad estuvo presente. Uno de los guardianes nocturnos nos regaló unas mentas, requiriéndonos la devolución de las envolturas, y al preguntarnos nuestros nombres, y oír el de Minerva dijo: *“Tengo una hija llamada así, que ojala no tenga nunca que sufrir lo que ustedes están pasando”*.



Mientras estábamos en esa casita de La 40, recibíamos las visitas de Minervino, Darío Trujillo, etc. Nos negábamos a comer la comida que nos servían. Un día parece que para quebrar nuestra resistencia a sus sugerencias de agradecer al monstruo las desconsideraciones de las que éramos objeto, nos separaron y colocaron a cada una en una habitación diferente. En la que a mi me pusieron, estaban todos los elementos del consultorio del Doctor José Fernández Caminero, desde cuadros y libros, hasta recetarios. Nos aseguramos un libro, que en la frazada de María Teresa llevamos escondido a La Victoria y que fue destruido por él más tarde, para no comprometernos.

Tan pronto arribamos a nuestro nuevo destino, los compañeros reunieron y nos hicieron llegar leche evaporada, galletas, chocolate, etc. Por lo menos unas diez libras habíamos rebajado. Nos encerraron en una solitaria de mujeres totalmente vacía, ordenando el capitán Montás cerrar la única ventana que poseía. Cometí la imprudencia de tomar una leche evaporada pura, después de tantos días sin comer, lo que me provocó vómitos toda la noche. Las muchachas se cansaron de llamar al llavero pero nadie acudió. A la mañana siguiente manifestamos al sargento mayor Martínez nuestra inconformidad, y no había pasado una hora, cuando todos los oficiales del penal, incluyendo al coronel, se apersonaron a la celda. El coronel preguntó por qué la ventana estaba cerrada y le contestamos que el capitán Montás la mandó a cerrar, ya que le molestaba que cantáramos. (Desde la primera prisión lo hacíamos diariamente). Ordenó nos trajeran camas y abrieran la ventana. Cuando se marcharon, nos abrazamos, regocijándonos de haber ganado esa ronda. El médico examinó a María Teresa, y le aplicó unas gotas para la otitis consecuencia de la bronquitis.



Comenzaron los muchachos a llamarnos mariposas. Siempre que se referían a nosotras nos identificaban así. Hasta los centinelas cuando portaban mensajes para nosotras nos llamaban de ese modo. Todos los días rezábamos y cantábamos las mañanitas para que los alojados en el Pabellón A las oyeran y se sintieran acompañados y confortados. Cantábamos algo muy ajustado a la situación de entonces, *El Ratoncito Miguel*, todo nuestro repertorio de canciones de nuestros tiempos, así como los himnos a los Padres de la Patria, y por supuesto nuestro Himno Nacional, riéndonos siempre de lo desafinada que era María Teresa. Acechábamos a los muchachos a la hora en que los sacaban a tomar el sol y tratábamos de que ellos nos vieran también. Establecimos correspondencia con ellos, Minerva con Manolo, María Teresa con Leandro, y a mí que era soltera, me escribía Moncho Imbert. Todo eso logrado con sobornos, y siempre con la recomendación de destruir los papelitos luego de leídos, requerimiento que no cumplimos, y que nos costó después tremendo castigo.

Minerva y María Teresa fueron llevadas a juicio, y luego a apelación, quedando sobre ellas pendiente una condena de 5 años, RD\$200,000.00 pesos de multa y la confiscación de todos sus bienes. Comenzamos a recibir visitas de nuestros familiares, viajando juntos, mis padres y Patria Mirabal, quienes mediante papelitos disimulados dentro de las cosas que nos llevaban, nos informaban de las denuncias y noticias que desde Venezuela y Cuba se transmitían.

Un día fue llamada Minerva a las oficinas del coronel, y cuando regresó, se puso a llorar. Le preguntamos que pasaba, y nos informó que:



“el coronel le había propuesto que escribiéramos una carta a Trujillo, manifestándole nuestro arrepentimiento por nuestra conducta, para que él en su benevolencia nos libertara”.

Ella nos dijo:

“que se sentía responsable por nosotras, por el hecho de ser mucho más jóvenes”. María Teresa y yo le contestamos, que se sintiera relevada de esa responsabilidad, ya que nuestra decisión era no hacerlo, aunque ella decidiera otra cosa. Quedó tranquila.

Organizamos nuestros inacabables días de encierro con lecturas y comentarios. Siendo Minerva la más culta de nosotras, era quien aportaba el mayor material. Hablábamos de lo que se haría en nuestro país posdictadura, en lo social, en lo político, en lo económico y lo internacional. También hablábamos de nuestras familias, de nuestros problemas personales, identificándonos tanto en el dolor de nuestra situación, que llegamos a sentirnos como verdaderas hermanas.

El 24 de junio de 1960 se produjo en Caracas, Venezuela, un atentado contra la vida del Presidente Constitucional de ese hermano país, Rómulo Betancourt, amigo tradicional de los dominicanos libres. Se comprobó la culpabilidad de Trujillo. La repulsa internacional provocó la sesión del Solio presidencial al hermano del tirano, Héctor, en un vano intento de simulación; luego pasó a Joaquín Balaguer. Cundió el desánimo entre sus seguidores, y se agudizaron los coletazos de la fiera que ya se sentía herida.

Los días transcurrían llenos de incertidumbre, pero manteniendo la esperanza de cambio. Se multiplicaban las denuncias de los grupos dominicanos en el exterior.



Viendo que no nos quebrantaban en nuestras posiciones, decidieron separarnos y colocarnos con las presas comunes, quienes representaban todo lo que la sociedad confina con fines de rehabilitar. A las tres nos tocaron como compañeras, infanticidas, homicidas, lesbianas, ladronas y prostitutas, que se gloriaban de ser tan malas, que a las 48 horas de permanencia en un pueblo tenían que marcharse. Justo es decir, que aparte de tenernos miedo y cuidar lo que hablaban en nuestra presencia, siempre nos trataron con un gran respeto.

Para el “resquicio” o revista que se efectuaba todos los sábados, nos alineamos junto a ellas y vimos cómo los oficiales, al terminar la inspección, en lugar de volver a pasar frente a nosotras, le dieron la vuelta al patio. En una ocasión uno de ellos nos manifestó que no querían vernos allí. Bromeábamos con los guardias de confianza que nos visitaban, diciéndoles que éramos joyas preciosas, a quienes no se atrevían a mover ni un centímetro, sin la indicación del SIM. Ellos mismos sentían temor de esos asesinos desalmados. Recuerdo mi expresión de indignación manifestada al enterarme de la muerte de mi primer sobrino. Dije: “¡Hasta en la barriga los mata! A lo que el guardia de confianza comentó, “*que esas mujeres parece olvidaban que estaban presas. Mi hermana embarazada ya, presencié mi primer apresamiento*”.

Los papелitos conservados por nosotras los escondíamos en los ruedos de los vestidos, en los bolsillos de lo puesto, en sitios que considerábamos seguros, pero no contábamos con que nos vinieran a buscar sorpresivamente, como ocurrió. Nos llevaron a La 40 de nuevo, pero allí, ¡oh sorpresa! encontramos camas con mosquiteros, lo que nos movió a preguntarnos qué estaría pasando en el mundo que provocaba esos cambios tan drásticos. Luego nos enteramos, estaba supuesta a venir



una comisión de la OEA que investigaría la situación de los prisioneros ante el reclamo internacional. Olvidaba comentar que mosquitos como los de La 40 y ratones como los de La Victoria pocas veces había visto.

Pocos días después, sin que ocurriera ninguna novedad, fuimos retornadas a La Victoria, encontrándonos con la desagradable nueva de que nuestras pertenencias habían sido en parte robadas y descubiertos nuestros adorados papelitos.

Nos castigaron separándonos, poniéndonos en celdas contiguas, lo que nos permitía conversar. Minerva solicitó al coronel Nivar Ledesma yeso para modelar un busto mío que hoy se encuentra en el Museo de Conuco. Él le preguntó, que si para fabricar bombas, pero de todos modos lo permitió. Nos volvieron a juntar y el busto se materializó. Hacíamos planes para el incierto futuro.

Los seguidores del régimen comenzaron a sentir que se tambaleaba y los guardias empezaron a ser más amables y a preguntarnos si los teníamos en la lista de los que serían castigados cuando cayera el régimen. Pasó julio. Liberaron un grupo de presos, y nos enteramos del asilamiento de algunos, entre ellos Luís Gómez Pérez, uno de nuestros miembros más valiosos, quien mantuvo ante las torturas un valor espartano.

Comenzamos a planificar nuestras acciones posteriores a la excarcelación. Con su tradicional optimismo, Minerva y María Teresa proyectaban la venta de los bienes que todavía quedaban en su poder. Sus máquinas de coser, sus neveras, etc. Yo escuchaba, y en un momento les pregunté:

“¿Ustedes no han pensado en las manos que estamos? ¿Qué ellos nos pueden hacer lo que les de la gana, en el momento que les de la gana?”.

María Teresa, con los ojos tan lindos que tenía me contestó:

“¡Ay Sina! Por primera vez, tú me has hecho pensar en la muerte, pues yo soy tan jóven que nunca había pensado en morirme”.

A lo que yo les dije:

“Tan pronto nos suelten, si es que lo hacen, me asilaré en una Embajada, pues no esperaré con los brazos cruzados, a que me vayan a buscar una tercera vez”.

Ellas se pusieron pensativas, y concluyeron, que a ellas les resultaba imposible hacerlo, si no soltaban a sus maridos, ya que los condenarían a una muerte segura. Estábamos conscientes de que si la excarcelación no ocurría, tanto la nuestra como la de ellos, para el 16 de agosto, fecha tradicional para conceder los indultos, ello no ocurriría.

El día 9 de agosto en la mañana recibimos la orden de recoger nuestras pertenencias para llevarnos a nuestras casas. Tan pronto llegué a Salcedo, a través de mi amiga del alma, la única que me visitó en La Victoria, Altagracia Gil, hice contacto con el grupo del cual formaban parte Yolanda Bloise de Brito, René Sánchez Cordoba y Rubén Echevarría. Por otra parte, Salvador Sturla contactó al Primer Secretario de la Embajada de México, para que me recibieran en calidad de asilada política.

Ya realizados los contactos, comuniqué a mis padres mi decisión. La noche anterior a realizar mi asilamiento, les aseguré que no correría ningún peligro, pues serían dos los vehículos que participarían, y los compañeros estarían armados. Aunque no era cierto, la versión los tranquilizó. Estaba decidida y prefería que me mataran en el jardín de la Embajada, como



ya había sucedido a otros, antes que permanecer indefensa, sujeta a los caprichos de una fiera agonizante. Nunca olvidaré el sollozo de mi padre en su abrazo de despedida, sin saber cuándo volveríamos a vernos, si era que el asilamiento resultaba exitoso.

A las 6:00 a. m., se iniciaba la vigilancia de mi casa, lo que hacía necesario salir de madrugada. Así lo combiné con el chofer que viajaba a Santo Domingo, miembro no conocido del movimiento, quien de inmediato accedió a cambiar la hora de salida. Mi mamá viajó conmigo. Quedó donde unos parientes y a Polo, que así se llamaba el chofer para no comprometerlo, acordamos dijera, me dejó en la Iglesia del Carmen. En realidad me desmonté en la residencia de Yolanda Bloise, donde ya me esperaban los compañeros mencionados anteriormente. Me informaron que el asilamiento, por razones de seguridad, debería realizarse en la Embajada Argentina, donde ya otros compañeros lo habían hecho. Leí una página de la Biblia que Yolanda me señaló y de inmediato me fui con ellos.

Me señalaron la casa en la Pedro Henríquez Ureña, y me dejaron a una cuadra de distancia de la puerta de la verja, que era baja. Nos intranquilizó un cepillo en vía contraria, lo que provocó que yo entrara al jardín de la casa vecina equivocadamente y que ellos casi chocaran el carro en que regresaban del supermercado la Embajadora y su hija. Al darme cuenta de mi equivocación, ya estaba dispuesta a saltar el seto vivo que separaba ambas residencias, pero al ver al cepillo seguir su camino salí a la acera y toqué normalmente a la puerta de la Embajada. Pregunté por el Embajador o por su esposa. No estaban y me pidieron esperara, al momentito, muy sonriente y amable, pero algo nerviosa, porque unos locos habían estado a punto de chocarlas, hizo su aparición Doña



Elsa de Escobar Cello. Yo esperaba sentada en el vestíbulo fumando un cigarrillo, vicio al que me introdujo María Teresa en La Victoria, y que fue motivo de muchas bromas.

Al manifestarle el motivo de mi presencia, se comunicó de inmediato con su Cancillería, y rápidamente estuvo con nosotras el primer Secretario de la Embajada, el señor Sierra. Me procuraron un ejemplar del libro *Complot Develado*, escrito en La 40 por Rafael (*Fefé*) Valera Benítez, donde los anteriores asilados habían subrayado las fotos de las personas que a juicio de ellos corrían mayor peligro de muerte. Entre ellas estaba yo.

A la sazón ya era inminente la celebración de la Quinta Conferencia de Cancilleres en Costa Rica, donde se juzgaría la paternidad de Trujillo, en el frustrado atentado contra la vida del Presidente Constitucional de Venezuela Rómulo Betancourt. Ante la inminencia de las sanciones diplomáticas y económicas al régimen, el Embajador Don Enrique Escobar Cello me llamó aparte y me explicó, que si la ruptura de relaciones diplomáticas se producía antes de nuestra salida hacia su país, nosotros quedaríamos desprotegidos, ya que únicamente ellos y su personal conservarían la inmunidad. Me preguntó si contaba con alguien que me escondiera en el caso de que a ellos los conminaran a salir, y yo le contesté que no, haciéndole notar que había otras cosas peores que la muerte, a lo que él me aseguró que nunca me abandonaría. Mi agradecimiento a tan responsable diplomático y a toda su familia será eterno.

Los embajadores y su hija me acogieron como a un miembro más de su familia. Podía salir al patio a jugar con su perrita, después de retirado el servicio doméstico. Un día en que departíamos en la sala, voces alteradas de personas nos hicieron tirarnos al piso. Era el grupo de los Valera Benítez,



Hugo Toyos y su esposa *Queyita* Santos, en busca de protección diplomática. Luego llegó José Frank Tapia, después de sufrir un vía crucis de irresponsabilidad, luego Evangelina Leroux. Vehículos de la Embajada argentina nos escoltaron hasta la Cancillería, en busca de nuestros pasaportes. Allí fuimos contemplados por los empleados como extraterrestres.

El día 26 de agosto, escoltados también por vehículos de la legación diplomática, nos dirigimos al aeropuerto de Punta Caucedo, yo bajo la vigilancia permanente del Señor Sierra, Primer Secretario de la Embajada, con instrucciones del Embajador de no tomar ni agua en el aeropuerto y no separarse bajo ningún concepto de mí hasta que no estuviera en mi asiento en el avión. Viajamos por la línea aérea Varig, de la cual en ese momento era funcionario *Papy* Rodríguez Villeta, quién me imagino sufrió un mundo viéndonos escapar del tirano. Fue un viaje muy largo, pues hicimos escalas en Trinidad, Belem, Sao Paulo, Río de Janeiro y Montevideo, donde dormimos para reiniciar el viaje a la mañana siguiente.

Durante el vuelo la tripulación nos ofreció un brindis de champagne en celebración de nuestra libertad. Arribamos a la bella ciudad de Buenos Aires, siendo recibidos por los compañeros que allí se encontraban y algunos periodistas. Nos alojaron en un refugio de indigentes en el barrio de Burzaco. Luego, las mujeres fuimos llevadas a un hogar de niños ciegos. Nosotras, que llevábamos en el alma la tristeza de la separación de nuestros familiares y nuestra Patria, nos sentimos más tristes todavía, con los ojos sin luz de todos esos niños tan dulces, condenados a una vida sin imágenes ni colores. Me sentía vieja a pesar de mi juventud, y me parecía que el mundo se había detenido, hasta cuando la primavera, que recién comenzaba, vistió de verde todos los árboles, y así como la savia circuló



por sus venas, así también lo hizo mi sangre, confiriéndome nuevos bríos para la lucha diferente que recién comenzaba.

Pocos días después, vino hasta el Asilo Alba de Cabral y nos invitó a Evangelina y a mi a hospedarnos en su casa. Allí convivimos con Manuel, *Chinchina*, Peggy y Alejandro, entonces un travieso niño de dos años. Mi agradecimiento hacia ellos será eterno en mi corazón. De inmediato solicité la visa de residencia norteamericana, a fin de reunirme con mis hermanos, objetivo que logré en diciembre de 1960. Debo hacer notar, que en Argentina, en aquellos momentos, poco era lo que se sabía sobre la situación dominicana, y a excepción de las noticias procedentes de nuestros compatriotas en el exilio, era escasa o inexistente la información.

Una mañana al levantarse Manuel, salió con el periódico en las manos, y me comentó:

“Sina, organizaciones dominicanas en el exterior dicen que no fue un accidente que cobró las vidas de las hermanas Mirabal, si no que fue un asesinato”.

Le arrebaté el periódico de las manos, diciéndole:

“¿Tú sabes de quienes me estás hablando, de mis hermanas?”.

Leí entre lágrimas la reseña y ese día fue de verdadero duelo para todos nosotros, especialmente para mí. Lo que yo siempre temí se había consumado inmisericordemente, sacrificando junto a ellas al valiente Rufino de la Cruz, quien muy bien sabía a lo que se exponía transportándolas.

Cuando entre sollozos le comenté a Doña Elsa lo sucedido, me consoló diciéndome que esos dolorosos precios son el saldo de la lucha, y que de yo haber permanecido en mi país, hubiera corrido la misma suerte.



El día anterior al viaje a los Estados Unidos de América, fui llamada a la Policía argentina para proporcionarme escolta, ya que habían recibido denuncias de un posible intento de asesinato. Les manifesté viajaría al día siguiente, no saldría de la casa más que hacia el aeropuerto, acompañada por algunos de los muchachos, por lo que consideraba innecesaria la medida.

Fue un largo viaje, del Hemisferio Sur, al Hemisferio Norte. Dejé Buenos Aires en un tórrido verano, y llegué a los Estados Unidos en pleno invierno. Un nutrido grupo de compañeros y miembros de organizaciones antitrujillistas me dieron la bienvenida, pero sobre todo mi hermano mayor, a quien le costaba reconocer en la mujer que tenía ante sí a la niña que dejó de ver por 12 años. Todavía guardo fotos de la llegada a Nueva York envuelta en la bandera de mis amores, la Dominicana.

En Nueva York reanudé mis actividades políticas, viajando en distintas oportunidades a Puerto Rico, Curazao y Guadalupe. El momento más dramático para mí fue el encuentro en Washington con Manolo y Leandro en noviembre de 1961. Faltaban ellas para siempre, y esa certeza laceraba el alma.

Estando en Puerto Rico, caminando por la avenida Ponce de León, alcancé a ver al Dr. Sorrentino, exiliado por muchos años allí, que me gritó:

“Sina. Mataron a Trujillo. Lo acaba de decir Pierre Sallinger desde París, donde acompañaba al presidente Kennedy”.

Me pareció increíble, pero en ese momento Ramón Cáceres y Papy Viñas aparecieron y me cargaron. Se generó una algarabía de dominicanos y puertorriqueños, y comenzamos



a desfilan por las calles, portando banderas dominicanas que por arte de magia aparecieron, haciendo sonar las bocinas de todos los automóviles que se unían a nuestra caravana. Nos llegaron los detalles del ajusticiamiento del tirano, así como de la cacería desarrollada contra los autores e implicados. Fue otro episodio de la historia dominicana donde el valor y el arrojo de un grupo de valientes hicieron desaparecer la hiena sanguinaria que durante 31 años martirizó nuestro país. En la casa de don *Leo Cuello* y Doña *Conina Mainardi* me encontraba junto a Doña Gracita Díaz, cuando un periodista venezolano le mostró la foto donde ella reconoció a su hermano Juan Tomás y a Antonio de la Maza, muertos frente a la Ferretería Read.

Regresé al terruño el 18 de enero 1962. Nunca antes me pareció el cielo más azul, el mar más bello, y el verde de los árboles más alegre, que cuando mi avión se acercaba a tierra. Le decía a la niña que viajaba a mi lado: *“Mira que bella nuestra bandera. Que preciosos nuestros campos, que azules el cielo y el mar”*. Sentía que cantaban una canción de libertad.

Existía impedimento de entrada para mí, pero mis familiares y grupos del 14 de Junio, de la Federación de Mujeres Dominicanas, de la Federación de Estudiantes, estuvieron allí para recibirme, y de cualquier manera permitirme la entrada a nuestro país. Me sacaron por una puerta lateral, y nos fuimos directamente a la sede del Movimiento 14 de Junio, donde se me recibió oficialmente. Me integré a las labores del Movimiento. Y cuando se constituyó en partido político fui miembro de su Comité Central.

Nuestra Agrupación y luego nuestro Partido, contaba con la simpatía de la mayoría del pueblo dominicano. Nuestra inmadurez política nos hizo subestimar factores geopolíticos que conducirían a la inmolación de lo más granado de nuestra



dirigencia tratando de repetir, en condiciones y escenarios diferentes, la exitosa y admirada por nosotros experiencia cubana.

Se celebran elecciones libres por primera vez el 20 de diciembre de 1962 y el Partido 14 de Junio no participó. Resultó electo el demócrata Juan Bosch, quién asumió el poder el 27 de Febrero de 1963, en el aniversario de nuestra independencia. Se promulgó la Constitución del 1963, a juicio de los juristas la mejor que hemos tenido, y se inició el gobierno más pulcro de los tiempos modernos. Los sectores más conservadores miraban con recelo los cambios que se pretendían, así como las actividades que desarrollaba el 14 de Junio. Nos tildaban de comunistas, etiqueta preferida por Trujillo para denigrar a sus opositores. El gobierno recibió presiones para que nos reprimiera, y se negó a hacerlo. Comenzaron las conspiraciones a fraguarse y el 25 de septiembre, siete meses después de instalado el nuevo gobierno, ocurrió el infortunado golpe de Estado que motiva la insurrección del 14 de Junio en defensa de la Constitucionalidad.

Prestar este testimonio, ha significado revivir todo el horror de aquellos días aciagos en que el terror imperaba en nuestro país. Lo he hecho como un compromiso y un deber hacia mi pueblo, para que las actuales generaciones, y las que les sucedan, no permitan NUNCA JAMÁS la entronización de otra dictadura. Debemos defender con uñas y dientes los logros, pocos o muchos, que hemos conseguido, respetando y practicando los principios, que los fundadores de la Patria mantuvieron como estandarte, a lo largo de toda su existencia.

¡Loor a todos los que ofrendaron la vida por la Libertad!
¡Viva la República Dominicana!

